

Es inaudito que, teniendo a mano las mejores razones del liberalismo, el humanismo cristiano y el reformismo socialdemócrata, se haya perdido, por incomparecencia propia, la batalla de las ideas frente a los únicos que parecían ir más allá de las cuestiones coyunturales: el nacionalismo separatista y el populismo radical. Es inconcebible que quienes defienden el patrón occidental de convivencia hayan enmudecido ante los valedores de sistemas políticos fallidos y propuestas solo experimentadas en territorios que nunca han logrado los niveles de prosperidad y de garantías de libertad personal proporcionados por la democracia parlamentaria europea.

Poco conocen a este pueblo quienes creían que podían mantenerlo en perpetua resignación o someterlo a una cura de adelgazamiento de su ansiosa necesidad de valores a los que agarrarse en momentos de peligro. Los españoles deseaban que se les explicara lo que estaba sucediendo. Los españoles deseaban una severa crítica nacional, dura y esperanzada. Deseaban que se les dieran razones con las que combatir el escepticismo y la frivolidad. Deseaban una ardua labor de regeneración que no se limitara a la condena de los corruptos, sino que alcanzara el rango de una extensa reivindicación. La de levantar nuestro futuro sobre aquellos principios que inspiran a las democracias más avanzadas, y que nosotros supimos hacerlos nuestros, hacerlos equivalentes a la idea de España, convertirlos en un orgulloso patrimonio, al que nada conseguirían enfrentar las utopías desmemoriadas ni las rebeliones de salón en tertulias televisivas.

A ningún defensor de una idea de la democracia que supere el escueto marco de los procedimientos electorales, para referirse a un haz de derechos ejercidos cotidianamente y a un modo de organizar el debate en la sociedad, se le podrá escapar la gravedad de lo que está ocurriendo ahora mismo. Ejemplarizados en las tertulias televisivas que llegan a marcar el tono moral de la discusión pública, los conflictos políticos han dejado de expresarse en la confrontación de ideas, para ceder su sitio a una pasarela de estilos, a un torneo de actitudes e imágenes. Nunca como hasta ahora la forma ha aspirado a ser significado.

Por ello, en los tiempos en que la verdad se mide en decibelios y los proyectos solo se puntúan por la envergadura del aspaviento, la prudencia y la moderación con que el racionalismo de los verdaderamente demócratas y liberales ha expresado sus ideas a lo largo de dos siglos parecen débiles y decadentes residuos de una época felizmente superada. Su voz no se impuesta con la ferocidad altiva de quienes pretenden hablar, pero no escuchar. Su tono no tiene la obesidad de los mensajes totalitarios, dispuestos a ofrecer una sola y grandiosa solución para todos los problemas que angustian a los ciudadanos.

Observemos de qué manera los presuntos intérpretes de nuestros problemas, los que dicen apartar la hojarasca corrupta que nos impide entender la realidad, empiezan por rehuir los nombres con que, durante siglos, la política ha permitido identificar a quienes hablan. Una de las fuerzas que emerge con más fortuna en nuestros tiempos, precisamente por su congruencia con la banalidad en que nos hallamos, ha renunciado al uso de un calificativo que permita insertarla como siempre se ha hecho, en las tradiciones políticas del mundo contemporáneo. Ni izquierda, ni derecha; ni liberalismo ni socialdemocracia; ni humanismo cristiano ni comunismo marxista; ni federalismo ni autonomismo; ni parlamentarismo ni democracia directa. Frente a estas denominaciones utilizadas para ubicar y valorar, por sus errores, aciertos e insuficiencias, cualquier

movimiento político, se prefiere el uso de una nueva terminología, que indica en su mismo enunciado un aire de ruptura: Podemos. La primera persona del plural del presente de indicativo del verbo poder se convierte, así, en ventajista suplente de las denostadas categorías ideológicas que se decretan inservibles. Una mera afirmación que, en su simpleza se constituye al mismo tiempo como rechazo de la complejidad y defensa de la utopía. Un verbo necesariamente transitivo queda sin complemento directo, algo que sucede con alarmante frecuencia en la sintaxis política de nuestro país, como ya se ha demostrado en el memorable “derecho a decidir” del nacionalismo catalán.

Podemos lidera un cambio de léxico que ha sido apresuradamente imitado por otros, lanzados al río revuelto de España en busca de una patética ganancia de pescadores de hombres sin criterio. En Cataluña, una de las corrientes del socialismo soberanista se llama “Avancemos”, y la reunión de candidaturas antisistema agrupadas para cercar los consistorios democráticos se califica de “Ganemos”. Como es obvio, a nadie se le ocurriría presentarse con la cobarde consigna de “Retrocedamos” o con la compungida oferta de “Perdamos”. Ni siquiera han querido conformarse con aquella simpática publicidad deportiva, en que se afirmaba que “lo importante es participar”, algo que, sacado de su contexto lúdico, encierra una certera definición del espíritu con que hemos de afrontar nuestro deber de ciudadanos en el debate nacional.

Ese lenguaje contiene una significación mucho menos encomiable de lo que pretenden sus usuarios. La carencia de definiciones es, para ellos, menos importante que la contundencia de una exclamación. Podemos ... podemos hacer cualquier cosa, en un desierto cultural en el que la prudencia y el acuerdo se desdeñan. Ganemos, como si lo importante fuera, de nuevo, vencer y no convencer; como si la política hubiera adquirido el tono trágico de una batalla o se hubiera rebajado a la atmósfera jovial de una competición deportiva. Avancemos, como si los caminos errados no pudieran desandarse y ya no hubiera obligación de detenerse ante las encrucijadas de nuestra nación en crisis.... Mareas atlánticas, Ahora en común...

Podemos no es el resultado de una mejora en la capacidad crítica de los españoles, ni el instrumento deseado por una ciudadanía más exigente con la calidad democrática de nuestras instituciones. Podemos es el producto de la crisis, pero no solo de la devastación que ha provocado la catástrofe financiera iniciada hace pocos años. Es el producto de esa mezcla de desesperación y utopía que tantas veces han forjado en Europa las formas más corrompidas del populismo antiliberal. Podemos es el producto de una posmodernidad que desertó durante décadas de los recursos ideológicos de nuestra cultura. Es el fruto directo de la pérdida de densidad intelectual, de la renuncia al análisis complejo y de la superficial eficacia de la comunicación instantánea. Porque, por si alguien no se ha enterado todavía, lo que se nos está urgiendo no es que atendamos mejor nuestras obligaciones con los que sufren, ni que aceleremos la rehabilitación de un país sofocado por la crisis, y ni siquiera que mejoremos la musculatura de la decencia cívica, frente a las situaciones de indignidad que padecen tantos españoles. Lo que se nos está diciendo es que todo aquello que emprendimos hace cuarenta años, tanto en su resultado como en sus intenciones, es pura morralla, materia de olvido, carne de hoguera. Fue un error que ahora se tiene la oportunidad de rectificar

No es una casualidad que Podemos no proceda de la experiencia directa del trabajo político, del esfuerzo continuado en defensa de los derechos de los ciudadanos. No es una casualidad su repentina aparición, su atención primordial a la imagen, la procacidad abreviada de su discurso, la personalización de un liderazgo televisivo. No es una casualidad que el éxito de Podemos coincida con la quiebra de la industria editorial y el hundimiento de los hábitos de lectura.

Podemos, desde luego, es el fruto propicio de un hartazgo social ante el sufrimiento y, sobre todo, ante la conducta nada ejemplar de quienes deberían haber sido los primeros en asumir las condiciones de austeridad que impone esta crisis. Pero no es la muestra de una superioridad moral, no es el índice que mide la honestidad del trabajo político, ni la potencia de las convicciones sobre las que se sustenta una democracia. Es un proyecto atestado de la arrogancia que emana de su propio nombre, como si la voluntad de poder y el deseo de imposición fueran el equipaje intelectual más conveniente para afrontar nuestros problemas. Podemos es un movimiento milenarista que intenta echar abajo un orden moral del que son herederos directos los valores políticos, principios sociales y fundamentos culturales de la democracia occidental

Frente a quienes eligen la herencia de un vitalismo irracionalista que causó los mayores desastres del siglo XX, algunos preferimos el racionalismo restaurado del pensamiento liberal, de la tradición reformista, de la cultura democrática que es hija de la ira. De la ira contra la ignorancia, la crispación y el extremismo. Algunos siempre hemos preferido Kant a Nietzsche. Algunos pensamos que lo que habría que levantar no es una plataforma que exprese lo que Podemos, sino lo que Debemos hacer. Algunos pensamos que, frente a la fuerza instintiva de la desesperación, deberíamos construir de nuevo el imperativo categórico en que se ha basado la idea del hombre y la democracia en la época moderna. Para indicar a los españoles que frente al mal que existe siempre puede oponerse el bien que debería existir. Un bien social producto de nuestra indignación frente a la injusticia y la corrupción, pero también de nuestra prudencia para hallar los medios con que combatirlas. Un bien social que se convierta en reparación moral, regeneración política, recuperación de principios. Un proyecto que nos señale lo que Debemos hacer, decir, pensar y soñar. Lo que Podemos llegar a destruir ya nos lo han señalado, y sobradamente, las experiencias más denigrantes y vetustas de nuestra historia.

A quienes nos hemos enfrentado a la necesidad de ensamblar de nuevo las piezas de una sociedad descompuesta por la barbarie y el totalitarismo, amedrentada por la violencia, envejecida por la falta de esperanza, sumida en humillaciones y desprecios incontables de la dignidad del ser humano. A quienes sabemos en qué desembocaron propuestas anteriores que también empezaron por burlarse del lenguaje vetusto, por marginar la prudencia aprendida y por mancillar el culto a las ideas. A todos nosotros nos duele que se pierda aquello que sirvió para defendernos con eficacia y dignidad: la devolución a las palabras de su significado. En la larga expiación que los europeos asumieron tras el hundimiento moral de la primera mitad del siglo XX, la recuperación de la plenitud de las palabras ocupó un lugar privilegiado. Aquella quiebra de civilización sólo pudo emprenderse desde dentro, utilizando los mismos recursos que habían servido para construirla. Nuestra cultura se edificó sobre el lenguaje, sobre nuestra capacidad para narrar los acontecimientos, para definir los conceptos, para pronunciar nuestros sentimientos. Nada extraño resulta que, cuando se anunciaba un periodo de crisis que habría de poner en grave peligro la supervivencia de Europa, los

filósofos más brillantes dejaron de preguntarse sobre la esencia de las cosas, para interrogarse acerca de la adecuada correspondencia entre el lenguaje, las ideas y los objetos de nuestra experiencia.

Pocos podían suponer que la violencia más atroz contra los principios de una civilización se realizara precisamente usurpando el significado de las palabras, golpeándolas hasta dejarlas sin sentido. En un tiempo de exasperación, que arrancó de raíz nuestra conciencia social, los proyectos totalitarios se dotaron de su propio idioma, de un curioso lenguaje en el que la libertad, la democracia y la solidaridad designaron, paradójicamente, lo que siempre hemos tomado por esclavitud, tiranía o exclusión.

Del espanto de determinadas idolatrías y de sus manipulaciones del lenguaje creíamos que ya estábamos curados. Pero hoy vemos cómo otros presumiendo de jóvenes e innovadores han regresado con sus palabras vacías, orgullosamente inexactas, voluntariamente insignificantes. Desean romper la democracia empezando por el desprecio del lenguaje, por su reducción a retórica vana y vanidosa, por su cautiverio en palabras sin sentido, en sonidos sin alma, en ruidos sin conciencia. Quieren emprender su cruzada contra aquel esfuerzo desplegado para ganar la libertad, y que comenzó, precisamente, por la lucha que nosotros templamos con la bravura sin ostentación de muchos, con el coraje sin chulería de tantos.